El escritor y la conciencia

Stig Dagerman

Este artículo del escritor sueco Stig Dagerman fue publicado en 1945, en el número 6 de la revista *40-tal*. La traducción al castellano es de José Mª Caba.

El escritor, poeta o novelista, se encuentra sentado frente a la mesa de trabajo. La lámpara proyecta su tenue luz vespertina sobre el teclado de la máquina de escribir, sobre un tintero de cobre y sobre un montón de hojas de papel todavía vírgenes. Fuera, en el exterior, las gotas de lluvia bailotean sobre los bordes de la ventana, o también podría suceder que los pájaros susurraran sobre el tilo o bien que una tormenta de nieve se cerniera sobre una triste tarde de invierno.

De repente, en el ánimo de este hombre puede aparecer que algo, como fuera de sí, le está susurrando, gritando o incluso aullando - el grado de intensidad no tiene nada que ver con lo que nos ocupa- pidiendo que le dé consistencia, que le deje existir. En este preciso momento puede pensar que este «algo» le hace sombra o incluso que desaparece la habitación donde se halla. Es en este preciso momento cuando las dimensiones de este «algo» coinciden con las de la histeria.

Para no correr el riesgo de ser presa de un enorme desánimo, que va íntimamente ligado al sentimiento de haber perdido una oportunidad, aunque fuera pequeña, pero cuyo desconocimiento de la importancia real provoca una enorme frustración, se esfuerza en intentar recuperarla. Es perfectamente consciente del hecho de que está obligado a hacerlo porque las dimensiones de este «algo» le asustan y la negligencia ante ella le originaría serios reproches o como mínimo un enorme dolor de cabeza.

Es prácticamente imposible proponer un método preciso. De ninguna manera se trata de un proceso de condensación ni de un trabajo de geómetro e incluso el origen de esta situación puede ser muy distinta una vez de otra. Puede tratarse de un globo cautivo al que hay que hacer volver a tierra o bien de una mano que nos ahoga la garganta y que hay que apartar o, incluso en este caso algo de un papel de calcar que hay que copiar enseguida.

Una vez ha terminado, o sea cuando ha llenado de palabras todas estas líneas que aparecen bajo la transparencia se sorprende de ver cómo se han reducido las dimensiones. El conjunto se ha reducido y esto le provoca una enorme frustración. Estaba convencido de que su poema o el resultado de la copia, cualquiera que fuera, aparecía como ridícula frente a la experiencia que quería transmitir. Para decirlo de otra manera, era consciente de que era necesario, para conservar su equilibrio interior, reducir las dimensiones del original a una especie de medida humana. De haberlo podido se habría reído de este trabajo de copista, pero, para ello no poseía ni la fuerza ni el coraje suficientes.

En este momento se halla ante un hecho consumado. Acaba -más o menos a pesar suyo- de crear algo definitivo. Como mucho puede modificar algunos detalles. Puede sustituir «pájaro» por «faisán» o «asiento» por «sillón basculante», pero las posibilidades de cambio acaban en esto.

No siente ninguna necesidad de defenderse. Ha hecho sus deberes. La materia ha ganado la batalla. Puede suceder incluso algo tan absurdo como que esté contento por haber sido derrotado. Desde otro punto de vista se halla completamente persuadido de que lo que ha obtenido copiando del calco es exactamente igual a lo que ha experimentado. O sea, que

está contento consigo mismo al tiempo que experimenta el deseo urgente de comunicarlo a todo el mundo o por lo menos a aquellos sobre los que ejerce cierta influencia. Es como si anunciara: «Señores, aquí tienen una experiencia de primera mano, examinen cómo se han perfectamente diseñado los perfiles de este gran sueño».

Es muy probable que la totalidad de sus adeptos le corresponda, a lo mejor no son muy numerosos, pero de todas maneras debe ser consciente de que algunos le felicitan en nombre de una lealtad mal entendida, a la que llaman amistad, o bien que otros se sientan impresionados por esta amistad de primera mano porque sólo conocen amistades de segunda, tercera o cuarta mano, o bien que otros aparenten ser influenciables, aunque en su fuero interno no lo sean porque creen que actúa de buena fe. Finalmente hay unos cuantos que lo reconocen con su silencio aunque a nivel interno alimenten serias reservas respecto a su calidad como autor porque se han dado cuenta que lo mejor de su obra tiene mérito en cuanto experiencia de segunda mano.

Pero todo esto puede, gradualmente, exponer al escritor a lo que se denomina «hybris», es decir una jactancia exacerbada, no exenta de cierto atractivo por el hecho de ser tan frágil como si surgiera de un sueño. Esto es debido a que, por primera vez y quizás última ha llegado al convencimiento de que ha logrado encerrar el infinito en un cofre de hormigón. Esto es maravilloso. Él, que antes era como una roca que intentaba mantener un inestable equilibrio sobre una estrecha cresta de una montaña, ahora se halla sólidamente amarrado en el suelo de la planicie, bajo la sombra de los sauces. Él, que antes era un débil abedul expuesto a los vientos de la estepa, se encuentra ahora en el centro del Parque de las plantas. En este momento cree haber encontrado el puerto que buscaba desde hacía tiempo. Se le crea un sentimiento de seguridad completamente nuevo, que desgraciadamente no es muy distinto de la felicidad del jubilado. En este momento, este hombre aparecerá muy pronto como peligroso por el simple hecho de no tener problemas, que, por otro lado se obstinará en presentar como el modo de vida ideal para cualquiera.

Es en este preciso momento que se produce el shock. No le llega de sopetón porque el escritor ha ido preparándose para ello, incluso cuando se hallaba en el Parque de las plantas. No podía engañarse en lo que tenía de falso este estilo de vida que había escogido. De todas maneras era difícil superar su escepticismo aunque en este momento no le faltaran los ánimos de los que normalmente adolecía.

Él, que desde hacía tiempo se creía exento de participar en juegos tan pueriles como los que versan sobre la existencia y el pronunciamiento públicos, se halla de golpe ante la necesidad de definirse sobre la literatura. Siempre había creído que era suficiente haberlo hecho una sola vez en la vida, que lo solucionaba de una vez por todas, como se puede clavar una anilla en la roca. Pero cuando menos se lo espera alguien se le acerca y le dice:

«Usted es un charlatán, ¿cómo puede explicarse sino que yo no entienda nada de lo que escribe? Le digo además que usted se parece a un submarino que navega por el fondo del mar y remueve las algas. Por desgracia olvidó hacer que su lector, o sea yo, subiera a bordo y por esto estoy muy disgustado. Porque usted debe entender que exijo estar a bordo de cualquier submarino que salga del puerto, de cualquier tren que salga de la Estación Central y de cualquier tranvía que atraviese la ciudad. Por lo que me veo en la obligación de considerar cualquier tren, tranvía o submarino al que no haya subido como algo que carece de la más mínima importancia para mí. Todas las personas bienpensantes, o sea, aquellas que, como yo no han tenido plaza en el viaje deberían pararlos. Es entonces cuando, con la conciencia tranquila podría subir a bordo de la embarcación que hubiera tenido la bondad de esperarme. Creo que debería tener presente que en nuestros días esto de ser un submarino, comporta

ciertos riesgos. Si usted mira a su alrededor todo nos indica que vivimos en el reino de la razón, de los cerebros, de las naves de superficie- y yo soy el profeta de esta época. Como habitante de este mundo, contribuyente y beneficiario de las protecciones, está claro que está obligado a aceptar sus normas en lo que respecta a la literatura, que son tres: que sea comprensible, que se someta de manera activa y que comunique bienestar. La primera es la más importante de todas. A nadie se le ocurriría ponerse delante de un cañón y gritarle: «te desafío a que me borres del mundo de los vivos». De igual manera no tiene sentido desafiar a la razón. La segunda regla implica que está prohibido cometer actos de sabotaje, uno debe adelantarse a los deseos de la razón dando prueba de una claridad ejemplar. El escritor no está en el mundo para ir poniéndole obstáculos a la razón en su camino, por el contrario debe permitir que se constate su superioridad. La tercera regla, finalmente, implica que el poeta no puede llevar al lector hacia universos mórbidos, en los que no impere la razón, en los que ésta se halle confrontada con aquellos. Su labor reside evidentemente en respetar estas tres reglas que hemos enunciado, en construir, con las piezas de este mundo de la razón un puzzle vivo que a la vez sea sublime y edificante y que transmita al lector un sentimiento de bienestar, de felicidad y de paz. No nos asustéis, este es un derecho que poseemos en exclusiva».

Si en el escritor se produce un shock al oír estas palabras, no será debido a lo que se transmite en este rapapolvo ya que para él poseen un tono tan raramente familiar como lo son las numerosas muestras de aprobación que recibe por parte de todos los que sufren claustrofobia o hipertensión arterial de manera general y consideran que los submarinos son artilugios contrarios a la razón. No, el shock lo origina el hecho de que a alguien se le haya ocurrido atacar a la literatura. Ha pasado ya tanto tiempo que ha olvidado que debe defenderse constantemente, día tras día. Ante ello no existe ningún sistema absoluto de defensa de la misma manera que los que atacan, normalmente representantes del orden establecido, tampoco reconocen el último ataque como si fuera el definitivo. Si el poeta olvida esto y se contenta de manera más o menos timorata a resumir las polémicas en los resúmenes de fin de año, se condena a sí mismo a la jubilación. Si trabaja como si no pasara nada, como si no existiera ningún punto de roce entre el mundo de la literatura y el orden establecido, ha perdido el norte incluso en su existencia de jubilado.

El escritor debe partir siempre de la base de que su situación no es segura, de que la supervivencia de la literatura se halla amenazada. Es por esto que debe permanecer siempre en guardia sobre los flacos de sus defensas, perseguir sin pausa a los miembros de la quinta columna que se encuentran en su interior, aniquilarlos sin descanso aunque crea que sería más fácil vivir sin ellos. Esta actitud exige valentía y como mínimo una absoluta falta de cobardía. Insatisfecho con todo lo anterior, el poeta debe esforzarse en que, aunque tenga aspecto de verdugo, es el único de los vivientes que puede tener escrúpulos de conciencia.

Se ha cruzado con muchos ejemplos de gente que ha vivido contenta y feliz y que incluso llegaron a morir satisfechos sin haber utilizado nunca sus servicios. Al contrario de lo que pueden hacer el carnicero o el albañil, no puede darse golpes en el pecho gritando: «gracias al trabajo de mis manos doy de comer en la actualidad a cinco mil personas; o bien, ayer hice que doscientas cincuenta familias numerosas tuvieran cobijo. Pero como alternativa a estos enunciados puede suceder que aparezca una réplica del hijo del hombre y le diga: «quería pan y me diste poemas, quería agua y me diste aforismos para beber».

Ante esto la situación del poeta es realmente difícil. A no ser que quiera ignorarlo, no puede mantener que este hombre esté equivocado. No sabrá cómo negar esta evidencia aunque lo desee ardientemente. Claro que puede refugiarse en un convento, llamado

camarilla, en el que no se exigen votos y desde dentro erigir murallas hechas de resúmenes de lecturas, de cancanes literarios y de mutuas confesiones de simpatía. Con el paso del tiempo acabará encontrando allí felicidad y satisfacción

Sería un acto de cobardía abandonar la partida en este momento, renunciar a la literatura. Si renegara de ella quizás podría gozar de una verdadera popularidad entre los traidores de este mundo, dilapidando su suerte si le sirve de consuelo. Pero si es honesto, si por ejemplo piensa que la literatura es algo imprescindible para la vida y que el poeta debe trabajar como si fuera indispensable para la vida de todos, es en este momento cuando sólo le queda una única salida: elevar su posición en el mundo sin dirigir una sola mirada, ni de soslayo, hacia estas almas felonas que poseen como única regla de conducta la negación, ni tampoco en dirección hacia una u otra de estas «capillitas» cuyos componentes sólo desean encerrarlo dentro de la jaula de la idolatría para darse el gusto de darle de comer entre rejas.

Aunque pueda parecer valiente al dar una imagen de sí mismo como si fuera un ser a la deriva, con los cabellos al viento y sin destino, acabará comprendiendo que no es una postura respetable a no ser que sea estrictamente necesaria. Es absolutamente ridículo hacer de Robinson a orillas del lago Berga.

Pero, cuando con la ayuda de la brújula, del sol, de la luna o de las estrellas, se de cuenta de que se halla justo en el corazón del bosque de las paradojas, no deberá desesperarse ni intentar buscar los caminos que le permitirían salir. Por el contrario, deberá buscar un sitio donde plantar la tienda. Tarde o temprano se verá obligado a reconocer que éste es el único bosque del que dispone y que el conflicto inherente a su condición sólo puede desaparecer, en el mejor de los casos, de manera temporal. Esto no significa que deba estar definiéndose constantemente ante las paradojas que se le presenten, quizás sea ésta en el fondo la verdadera defensa de la literatura. ¿Cómo es posible comportarse, por ejemplo, como si nada en el mundo tuviera más importancia que la literatura mientras por otro lado no se puede ignorar que a su alrededor la gente lucha contra el hambre y que lo más importante para ellos es llegar a fin de mes? Aquí se halla ante una nueva paradoja: él, que únicamente quería escribir para los que padecen hambre, descubre que sólo los que tienen suficiente para comer disponen de tiempo suficiente para darse cuenta de que existe.

Sólo cuando el escritor quiera instalarse definitivamente en el bosque de las paradojas será cuando se vea lo suficientemente fuerte como para rechazar las acusaciones que se le formulen. Pero, desde el principio debe ser muy consciente de que existe una acusación mucho más fundada que las demás, la que se refiere a su ausencia de compromiso con la lucha social. Respecto a esto debe tener claro que no es suficiente afirmar que la literatura forma un mundo aparte, ya que es evidente que existen puentes de comunicación entre este mundo y los demás. Tampoco sabría afirmar aunque fuera con voz baja, que desea permanecer libre, ya que nadie puede ser tan libre que no se vea obligado a tomar partido en favor de los oprimidos en su lucha contra los opresores que, dígase lo que se diga, continuará siendo una realidad innegable mientras se perpetúe el actual sistema social. Hablar de libertad dentro de este contexto viene a ser sinónimo de pereza, cobardía o indiferencia.

Hasta aquí las cosas pueden parecer claras. El escritor no podría sustraerse a su deber de compromiso ya que, aunque mucha gente le adule, sabe que no está solo en el mundo. Pero justo en este momento se le presenta otro problema bastante más delicado: ¿Cómo materializar este compromiso? Ante esta cuestión hay una respuesta relativamente sencilla: debe hacerlo con sus obras y de hecho es lo que hace. Tiene que redactar resoluciones, realizar reportajes sociales, dar a conocer sus opiniones contestando entrevistas o incluso redactar versos con motivo del primero de mayo. No quiere decir que todo esto carezca de

importancia, sería como su servicio militar en defensa del género humano. Pero cuando, tarde o temprano, le surja el conflicto será algo problemático: si es realmente sincero en sus compromisos, ¿no deberá dedicar exclusivamente su poema a los oprimidos? Y justo en este preciso momento se dará cuenta de que todos los que han leído con admiración sus conclusiones, reportajes, declaraciones o versos de circunstancia rechazan su discurso so pretexto de que se trata de algo oscuro, incomprensible, que es paradójico respecto a la forma y falto de claridad respecto al fondo. Es en este momento cuando su conciencia social entra en conflicto con su conciencia artística. Este conflicto es irresoluble. Al mismo tiempo, ve a todos estos marxistas doctrinarios, cuya pretensión consiste en que el escritor seleccione su forma de la misma manera que un tipógrafo escoge los caracteres que va a utilizar, que quieren elevar a uno de sus colegas a la sublime dignidad de bardo de las masas populares en virtud, precisamente, de lo que denominan claridad, o sea por el mismo hecho de no haber sido jamás consciente de este conflicto. Esto es lo mismo que alabar a Vimmerby porque llueve menos que en Gädle.

Pero al comprometerse, el poeta ha ganado el derecho a defenderse y en este momento puede afirmar: tengo la conciencia tranquila. Nadie puede acusarme de haberme echado hacia atrás, de que haya sido demasiado cobarde como para no comprometerme. He intentado cumplir con mis obligaciones sociales y tengo la intención de continuar porque no regatearé tiempo si se trata de mi deber. De todas maneras, al igual que todos vosotros, soy consciente de que los argumentos de tipo estético y los principios poéticos, incluso las normas de conducta de tipo moral, no dejan de parecerme un tanto abstractos en una sociedad como la nuestra. Porque este hombre, el escritor, no puede saber hasta qué punto depende, como todo el mundo, de sus buenas relaciones con el extranjero, hasta qué punto, su libertad, lo mismo que la de los otros individuos no es condicional. Por ejemplo, su libertad de movimiento, ¿no es ilusoria? ¿Acaso el ser humano no es otra cosa que un préstamo de sí mismo hecho por otro para una duración determinada? Y, además, cómo todas las reformas y utopías sociales parecen insignificantes en el contexto de un sistema mundial en el que el fracaso parece ser lo único cierto. Y sin embargo se trata de defenderse contra este estado de cosas, atacarlo incluso aunque en el fondo es trágicamente consciente del dilema que embarga a todos los socialistas de nuestra época, a saber que esta defensa o ataque no pueden ser otra cosa que algo simbólico pero necesarios, si es que no se quiere morir de vergüenza. Si en una situación semejante me atacáis diciendo: «el pueblo, las masas, los trabajadores, no entienden tu poema, no es suficientemente social», tengo plenamente el derecho de responder: «vuestra crítica descansa sobre un malentendido, el que considera que el único poema social posible sea el que entiendan todos». Ya que por «entender» se quiere decir entonces, maliciosamente, que se puede discernir el sentido sin necesidad de hacer el más mínimo esfuerzo intelectual, de la misma manera como se entiende un anuncio o una señal luminosa. Para algunos representantes homologados del «pueblo», la poesía debe ser algo parecido a un anuncio que alaba las virtudes del nuevo mundo, e incluso si el texto fuera suficiente seductor sería parecido al que se refiere a casas cerca del mar o de pesca; pero eso sí, redactado para el «pueblo». Para este tipo de gente la poesía ya no es un mensaje que un ser humano dirige a otros. Para ellos la poesía se ha convertido en una especie de juego de sociedad. No llegan a entender que su origen se halla en la coacción, que de ninguna manera es como una especie de bricolaje del ritmo que podrían ejercer, en sus ratos libres, los revolucionarios que estuvieran de vuelta de todo y que nunca se hubieran tomado en serio la literatura. De la misma manera que llaman «reaccionario» al sistema que no permite leer un poema que no se pueda memorizar en cinco minutos, o que no desvele

de forma inmediata cada uno de sus pensamientos, hay que decir que son ellos los reaccionarios, por un lado porque niegan la necesidad en la que se encuentra el poeta de crear bajo coacción y por otro, porque no creen que la literatura sea algo importante para el ser humano- no como si fuera un juego de sociedad sino más bien como piedra de toque de la propia honestidad frente a la vida.

Otro hecho grave reside en que estos personajes importantes en asuntos sociales abusan muy a menudo de conceptos tales como «el pueblo», «las masas», «los trabajadores». El poeta tiene la obligación de reconocer su existencia en tanto que constituyen realidades económicas, pero por otro lado rechaza, de manera categórica, que todos aquellos que cobran menos de tanto al mes sientan exactamente la misma angustia o tengan las mismas necesidades de orden social o afectivo. Por otro lado tampoco cree que cada uno de los individuos que componen estas «masas» se represente, por ejemplo, el sol bajo la forma de una moneda de veinte duros y la luna bajo la forma de un plato de cobre. Si escribe es, entre otras razones, porque sabe que hay gente que piensa que es el sol el que es un plato de cobre y la luna una moneda de veinte duros, y para decirles que aunque lo parezca, no están tan equivocados.

Es evidente que el escritor no puede negar a quienes se obstinan en el rechazo de tomarse la literatura en serio el derecho de atacarla ya sea por falta de claridad o por cualquier otra razón. Pero debe tener conciencia que es contra estos que debe defenderla y es ante estos que tiene suficientes razones para argumentarles: «Si la literatura es como un juego de sociedad, no me quedará más solución que salir al anochecer con el pie teñido de negro para entablar amistad con las serpientes y con el ratón gris del desierto. Pero, si la literatura es indispensable para la vida, no olvidéis las sandalias en casa, ¡tened cuidado con los montones de piedras! Las serpientes se fijan en mis talones y el ratón del desierto me produce nauseas.»

CRAVAN EDITORES
http://www.contranatura.org